

Diario de Invierno

ANA CAROLINA

ANA C. PICARDO

*Diario
de
Invierno*



Capítulo 1

Suiza, 1850

El invierno se aproximaba al pueblo de Randa. La primer nevada del año había llegado antes de lo previsto y había pintado de blanco los techos de todas las casas, como invitando al solsticio a instalarse más cómodamente. Los árboles apenas conservaban las últimas hojas, que bailaban con la brisa y al observarlas uno casi que podía ver notas musicales desprenderse de las ramas. Era sin lugar dudas la estación favorita de Olivia Olhsson.

A sus 12 años, Olivia sabía perfectamente lo que quería para su vida. Desafortunadamente no era lo que los demás esperaban. Por aquel entonces las mujeres solo tenían precisos objetivo en la vida, las tareas del hogar y formar una familia. Eran educadas hasta convencerlas de ello, y así crecían hasta creer que era ese su mayor deseo en la vida. A pesar de los incansables esfuerzos de sus padres por demostrarles que ese camino la llevaría a una vejez plena, Olivia insistía en que ella solo quería una sola cosa, conocer el mundo. Se preguntaba cuantos inviernos más existirían del otro lado de los Alpes.

Una tarde especialmente fría y lluviosa, dos días antes de la llegada oficial del invierno suizo, Olivia se encontraba en su habitación con su nariz pegada a la ventana. No podía quejarse, su ventana ofrecía una vista hermosa. Como su casa estaba ubicada en una colina, podía ver desde allí todos los techos de las casas que se encontraban camino abajo. Esperaba el carruaje que la llevaría a sus clases de escritura. Amaba escribir tanto como soñar con conocer otros pueblos. En sus manuscritos podía plasmar todo lo que se imaginaba, crear historias de invierno en Suecia, en España, en China.

Minutos más tarde, mientras observaba las gotas de lluvia desfilan por las ramas casi desnudas de los árboles, pudo ver como se acercaba el carruaje del señor Larsson. Rápidamente tomó un abrigo y salió corriendo de su habitación. Bajo las escalera de madera dando tumbos. En la entrada ya se encontraba su madre.

- Que bueno sería si tuvieras esa prisa cuando te digo que ordenes tu habitación - dijo la señora Olhsson, con las manos en su cintura. Olivia sonrió pícaramente y esperó a que su madre abriera la puerta. Una vez afuera, fue corriendo y chapoteando hasta el carruaje.
- ¡Olvidas tu paraguas! - gritó su madre desde la puerta. Pero Olivia ya se había subido al carruaje junto a sus otros compañeros que ya se encontraban adentro.
- Descuide, señora Olhsson -dijo el señor Larsson. - Tenemos paraguas de reserva para niñas olvidadizas.

Con una inclinación de su cabeza como saludo, reanudó el camino para dirigirse al taller. Olivia sacó su cabeza por la ventana y saludó a su madre quien la miraba desde la puerta con una sonrisa mientras levantaba la mano.

- Mi padre dijo que hoy visitará el taller un famoso escritor -dijo un chico de cabello rubio ceniza y ojos verdes. Su nombre era Noah Nordstrom. Era buen amigo de Olivia.

- ¿Quién es? -preguntó Olivia ansiosa. Deseaba conocer a todos los escritores del mundo.

- No lo sé, -contestó Noha- todo lo que sé es que mi padre me dijo que estuviera muy atento a sus enseñanzas. Dijo que era muy importante.

Junto a Olivia iba sentada una de sus mejores amigas del Instituto que también asistía al taller, Ella Wallin. La niña iba observando el camino a través de la ventana del carruaje y parecía no haberse percatado de la conversación. Su mirada denotaba tristeza.

- ¿Qué sucede, Ella? -inquirió Olivia.

Ella volvió la mirada a su amiga y sonrió desganada.

- Me temo que pronto deberé abandonar el taller -contestó la niña- anoche mis padres me dijeron que debemos mudarnos.

- ¿A dónde se irán? -preguntó Olivia preocupada.

- Nos iremos a vivir a Noruega -explicó Ella con tristeza.

Olivia abrió los ojos tan grandes como fue capaz debido a la sorpresa, por un lado sentía pena porque su amiga se iría lejos, pero por otro lado le entusiasmaba pensar que alguien que conocía se iría a otro país, eso significaba que tal vez ella podría hacerlo alguna vez.

- ¡Eso es genial, Ella! -intentó alegrarla Olivia -¡Noruega debe ser hermoso, hay mucha nieve!

- No me gusta el invierno -añadió su amiga. -Y tendré otros tutores y no tengo amigos. Ni siquiera conozco el idioma.

Ella bajó su mirada inmediatamente al darse cuenta que sus ojos se estaban empañando con lágrimas. Deseaba que no la vieran llorar.

- Estoy segura de que harás amigos rápidamente, o tendré que ir a visitarte para ayudarte -le dijo Olivia a modo de consuelo -le diré al señor Larsson que me lleve hasta allí!

Los amigos rieron imaginando la cara que pondría el señor Larsson si Olivia le hiciera tal pedido.

Cerca de veinte minutos más tarde llegaron al taller. Quedaba próximo al centro del pueblo. El taller era impartido por uno de los maestros del Instituto. Lo brindaba para aquellos niños que tuvieran especial afición por la literatura. Allí podían pasar horas leyendo y escribiendo, y para los padres era un modo de mantenerlos entretenidos mientras eran bien instruidos.

La lluvia continuaba cayendo copiosamente. Bajaron del carruaje y

corrieron a la entrada bajo los paraguas.

El taller de escritura era uno de los lugares favoritos de Olivia. Las paredes eran solo estanterías repletas de libros de todos los tamaños y colores. Había mesas de madera con sillas en toda la sala para que los niños tomarán asiento y leyeran cómodamente o tomarán hojas ya dispuestas en cada mesa y dejaran volar la imaginación. Muy pocos se animaban a escribir, Olivia era uno de ellos. Algunas veces, el señor Lindelöf, elegía alguna obra clásica para comentar con sus alumnos. Cuando entraron a la sala, Olivia vio que el señor Lindelöf estaba acompañado por otro hombre de nariz larga y pelo enrulado. No tenía idea de quien sería, pero asumió que sería el famoso escritor que le había dicho a Noha su padre. La realidad era que los escritores eran más conocidos por sus escritos que por sus rostros, y era ese el encanto de conocer a uno para Olivia. Conocer el rostro de aquel que a través de sus manos lograba plasmar en una hoja en blanco todo un mundo nuevo producto de su imaginación. Eso para Olivia, no era otra cosa que magia.

Cuando el señor Lindelöf percibió la presencia de los niños, se levantó rápidamente de su silla y tomo por la espalda al escritor famoso animando a que lo acompañe a saludar a sus alumnos.

- ¡Bienvenidos niños! -saludó alegremente -hoy tenemos un visita más que especial, es un honor recibir en nuestro humilde taller a semejante artista.

Dirigió su mirada al hombre, quien se sonrojó como si estuviera antes miles de personas. A Olivia le causó mucha gracia que un supuesto escritor tan famoso se avergonzara de ser presentado frente a unos pocos niños.

- Es un placer para mi conocer a estos niños y esta hermosa tierra -dijo el hombre, reponiéndose de la presentación.

Enseguida, el señor Lindelöf volvió a intervenir.

- ¿Se imaginan, niños, quién es este artista? -preguntó ansioso

Todos negaron con la cabeza.

- Los ayudaré un poco -añadió emocionado- ¿quién de ustedes ha leído ya "El Patito Feo"?

Los ojos del señor Lindelöf brillaban.

Los niños gritaron todos al unísono ¡yo!

Olivia se llevo las manos a la boca, no podía creer que estaban ante el mismísimo Hans Christian Andersen.

- ¡Con que si conocen al gran escritor Hans Christian Andersen! – bramó el señor Lindelöf aplaudiendo, era sin dudas, una persona altamente expresiva. -El señor Andersen ha accedido a leer todos juntos una historia el día de hoy, La Reina de las Nieves. Así que tomen un lugar, y lo

leeremos entre todos.

Los niños se ubicaron en las mesas y entre todos leyeron la historia. Fue una tarde inolvidable para Olivia. Al finalizar la lectura y los comentarios, se acercó al señor Andersen tímidamente.

-Señor Andersen, admiro todas sus historias y sus moralejas – dijo Olivia –me parece importante reconocer en un escritor la magia que hace.

El escritor quedó perplejo ante el comentario de Olivia. Ni siquiera había valorado su trabajo de esa manera un adulto, pero que viniera de un niño, era aún mejor.

-Muchas gracias, es muy lindo que alguien piense eso de un escritor –dijo sonriendo ampliamente -¿Y a tu te gusta escribir? - le preguntó a Olivia.

-iMe encanta, señor!- dijo Olivia emocionada –algún día, espero poder conocer el mundo entero y escribir historias sobre cada lugar que vaya.

Los ojos de Olivia brillaban de esperanza.

-Viajar es vivir, recuerda eso- le dijo él haciéndole un guiño.

Enseguida apareció el señor Lindelöf e invitó al escritor a beber té. El escritor siguió al maestro no sin antes ofrecerle una sonrisa a Olivia y decirle:

-Continúa haciendo magia.

Olivia jamás olvidaría esa maravillosa frase.

Capítulo 2

Al día siguiente, la lluvia cesó. Sin embargo continuaba nublado y gris. A Olivia no le molestaba en lo absoluto, de hecho los días grises eran especiales para llenarlos de colores a través de las palabras. Se sentía afortunada por haber nacido con ese amor por las letras, y después de la tarde del día anterior, nada detendría el camino que había decidido tomar en su vida. "Continúa haciendo magia", le había dicho Hans Christian Andersen.

Cuando el señor Larsson la dejó en su casa lo primero que hizo fue correr a contarle a sus padres el consejo que le había dado. Ellos la felicitaron, sin embargo en el fondo creían que algún día acabaría por abandonar la escritura, especialmente cuando tuviera que llevar adelante un hogar y la crianza de los hijos.

Olivia sabía como sus padres pensaban, pero también tenía la esperanza de que un día les entregaría en mano su primer obra encuadernada.

Era temprano en la mañana y la ausencia de la lluvia invitaba a dar un paseo por el pueblo. Cerca de su casa había una pequeña plaza donde los niños se juntaban cuando hacía buen tiempo. Salió con el permiso de su madre.

A pesar de no poder recorrer el mundo, Olivia sabía apreciar las pequeñas cosas de la vida cotidiana. Sabía que en los momentos más comunes podía haber oculta una historia fascinante.

Comenzó a andar por el camino que desembocaba directamente en la plaza. La lluvia y el viento de la noche habían arrancado las últimas hojas danzadoras de los árboles, y sol hacia fuerza por salir logrando que algunos rayitos se colaran entre las nubes. Sin embargo estas se imponían, y minutos más tarde los tenues rayos ya no se divisaban.

Por el camino se cruzó con varias vecinas que salían de sus casas temprano para ir al mercado en el centro del pueblo a abastecerse de provisiones. Algunas acompañadas de sus pequeños hijos. Le gustaba imaginar la vida de todas esas señoras. Seguro que algo respecto de sus vidas era digno de ser contado, pensaba Olivia. Si, se decía a sí misma, la gente ignora su propia magia.

Desde unos metros de distancia vio a sus amigos sentados en unos troncos en la plaza y corrió para unirse ellos rápidamente.

- ¡Aquí está la favorita del escritor! - bramó uno de ellos, su nombre era Lukas. No asistía al taller con Olivia pero eran compañeros en el Instituto y a Olivia le gustaba.

-¿Cómo es que te enteras de todo? - inquirió Olivia, fingiendo estar ofendida, hasta que la risa le ganó.

-Noha dijo que escuchó al escritor decirle al señor Lindelöf que probablemente tenía entre sus alumnos a una niña prodigio- dijo Lukas en tono burlón.

Olivia lo miró con escepticismo. Sin dudas eso era demasiado. Dirigió su mirada a Noha que estaba sentado en el pasto apoyado contra el tronco.
- Es cierto, el señor Lindelöf le dio uno de tus manuscritos al escritor cuando bebían té. -explicó Noha.

Olivia no podía creer lo que escuchaba. Pensó que tal vez tenía tanto talento como amor por la escritura.

-¿Cuándo nos leerás alguna de tus historias, Olivia? - preguntó una niña de rizos dorados.

- ¡Ya saben que eso es secreto, Leia! - se avergonzó Olivia.

A Olivia le daba mucha vergüenza compartir sus historias. Sabía que era tonto, pero aún no había encontrado el momento para hacerlo. Ni siquiera sus padres habían leído nada, tal vez por eso dudaban de que pudiera ser una reconocida escritora alguna vez. El único que las había leído había sido el señor Lindeløf y le había hecho jurar que no permitiría que ningún otro niño las leyera.

- ¿Cómo esperas que las personas quieran leer tus historias si no las muestras?- le preguntó Lukas poniendo los ojos en blanco.

- Algún día lo haré, por ahora solo me dedico a escribir, como hace Lisbet- contestó tajante. Lisbet era la otra niña que escribía en el taller además de ella.

Todos permanecieron mirándola inmóviles por unos instantes y rieron.

- Lisbet apenas sabe escribir su nombre -dijo burlescamente Noha.

A Olivia no le gustaba que se burlaran de las personas por tener dificultades. Lisbet tenía serias faltas de ortografía y se esforzaba muchísimo por mejorar. Decidió dar por terminado el asunto así que amenazó con escribir sobre ellos en sus historias como villanos, logrando que desistieran inmediatamente del tema.

La ausencia de lluvia duró menos de lo que pudieron haber previsto.

Minutos después del mediodía los chicos tuvieron que regresar rápidamente a sus casas a causa de una suave llovizna que amenazaba con intensificarse.

Olivia corrió rápidamente tomando el mismo camino que había hecho para ir a la plaza. Cuando iba a mitad de camino no pudo evitar detenerse al descubrir a una mujer sentada en un banco de madera en el frente de una casa de madera con un jardín bien mantenido. Lo especial de la escena era que la mujer parecía haber logrado sujetar un paraguas al banco de tal manera de poder permanecer sentada debajo sin tener que sostenerlo con las manos, para que, como Olivia pudo ver, pudiera escribir en un cuaderno.

La mujer parecía ensimismada en sus pensamientos y cada tanto escribía alguna frase.

De repente levantó la vista y diviso a Olivia observándola desde el otro lado del camino. Le sonrió amablemente y le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

Olivia dudó unos instantes pero la curiosidad le ganó por lo que se acercó lentamente. Cuando la alcanzó notó que era una joven, que no tendría más de veinticinco años, le sonreía.

- ¿Es usted escritora ? -preguntó Olivia sin poder contenerse.

- Bueno, nunca me lo había preguntado - contestó la mujer sin dejar de sonreír- pero creo que puedo considerarme una.

- Yo quiero ser escritora -agregó Olivia inmediatamente. Los ojos les brillaban. - ¿puede leerme un poco de lo que está escribiendo?

La mujer ríe.

- Sólo tengo unas líneas. Ni siquiera sé a donde me llevarán -contestó, impresionada ante la espontaneidad de la niña.

- Eso debe ser la magia -dijo Olivia pausadamente.

La mujer miró a la niña sorprendida.

La extendió su cuaderno para que Olivia leyera sus primeras líneas. Era pequeño de tapa azul, en la primer hoja había escrito su nombre, Johanna Spyri. Sólo había un párrafo escrito en la segunda.

"Desde la risueña y antigua ciudad de Maienfeld parte un sendero que, entre verdes campos y tupidos bosques, llega hasta el pie de los Alpes majestuosos, que dominan aquella parte del valle. Desde allí, el sendero empieza a subir hasta la cima de las montañas a través de prados de pastos y olorosas hierbas que abundan en tan elevadas tierras."

Olivia consideró hermosa la forma de describir el paisaje. Era fácil de imaginar la escena. Releyó varias veces las oraciones pensando como podría ella describir un lugar de forma tan poética y se lo devolvió.

- Desearía un día tener la habilidad de describir un sitio así -le dijo a Johanna fascinada.

- Solo debes practicar y leer mucho- le explicó la escritora. - Luego la palabras brotarán como lluvia.

- ¿Sobre quien es la historia? -inquirió Olivia

- Sobre una niña llamada Heidi. -contestó.

Continuaron hablando sobre personajes y paisajes hasta que la lluvia comenzó a hacerse mas fuerte y Olivia no tuvo otra opción que regresar a su casa, pero al menos lo hizo con cientos de nuevas ideas e inspiración.